

*Completas*) y, además, cuatro pasajes —algunos de 200 versos— de la traducción de *Los Cuatro Días de Elciis*, de Víctor Hugo, debidos a Andrés González Blanco, quien completó la inacabada labor de Rubén.

No es necesario, pues, vistos estos detalles y muchos que encontrará el lector, hacer notar la importancia que esta reciente edición de Darío significa para su estudio y divulgación correctos.— J. L.

“COMIENZA LA LUZ”, nueva poesía de *Carlos René Correa*

El poeta adolescente que en 1936 dió sus primeros pasos por *Caminos en soledad*, ha seguido con renovados fervores peregrinando por las rutas del campo lírico; mas, en tal forma ha ido evolucionando su sentir y su pensar, que hoy nos sorprende con un poema de raíces hondas y de resonancias místicas: *Comienza la luz*, se titula.

En este nuevo fruto de su arte, hallamos, bajo una piel descolorida, la madurez de su pulpa; o en otras palabras, bajo una forma engañosa, hallamos una auténtica poesía de sentimiento y de espíritu.

Desde su verso inicial ya sabemos cuándo y dónde comienza esa luz que lo inspira. Ha sido después del meridiano común de la vida y en la íntima meditación introspectiva de su ser:

*Alzo la copa en la tarde interior que me habita...*

nos dice bellamente el poeta. Es la copa con que nos brinda su hallazgo lírico, una copa en que ha derramado su alma sentimental y creyente. Lo puede hacer ahora con júbilo después de musitar sus *Roman-*

ces de agua y de luz; después de darnos con hermosa sencillez la *Significación de las cosas*; después de evocar los motivos coloniales con sus *Romances de Santiago del Nuevo Extremo*; después de recitarnos *Cuento y Canción* junto con María Silva Ossa, su Beatriz conductora por las nuevas rutas; después, en fin, de sus hallazgos de imágenes sugestivas en la *Poesía de la bruma*.

Hoy, envuelto en esa atmósfera fragante de la infancia lejana, entre "duraznos, y nogales y hortalizas vivas", nos entrega este canto; más que canto, es una salmodia susurrada a los pies de Cristo; solo, desnudo, *junto a la cera que te ilumina*, como se lo dice a él en su soliloquio:

*Llego junto a las aguas  
que ríen con los niños;  
sé de tu Doctrina  
cantada por los pájaros en la luz.*

Y absorto en su introspección, va enlazando imágenes en un ambiente de entresueño y de contemplación. Así llegamos a la estancia V construída al gusto barroco, en la que se multiplican las metáforas dándonos una impresión de euforia lírica:

*No explicas tu amor. Lo entregas.  
Era el mendigo de los templos de barro  
y hoy me guardas en tu catedral de fuego.  
Allá queda la tierra con su otoño de púrpura  
y lavan los peregrinos sus sayales  
en la castidad de tu río.  
¡Altísimo Dueño de la maravilla,  
único don para el alma,  
viajero de los astros, sembrador de la sal,  
vigilante de la luna, Todopoderoso y crucificado,  
oro que no da envidia, Sacerdote Eterno,  
viajero en tu mañana, me ha cegado tu Luz!*

Bien están estas visiones polimorfas del Cristo y el puro ascetismo de su fervor. Sin embargo, hay ahí algunas metáforas que no logran dignificar al Dios-Hombre: a ese "vigilante de la luna" se asocia de inmediato el vigilante municipal, con que en España y en algunos pueblos sudamericanos se designa al policía; ese "oro que no da envidia" no alcanza a simbolizar la soberana riqueza del Dueño del mundo y de las constelaciones; es sólo un metal llamado por Papini "estiércol del diablo"...

Luego percibe el poeta los padecimientos del que vino a redimirnos: "Ha llegado tu sangre — todo río del mundo", dice; y a través del simbolismo de la liturgia, evoca el drama del Calvario en la estancia IX: "Está ceñido de violeta el Templo", nos dice y ya nos sugiere los días de la Semana Mayor en que los velos morados cubren las imágenes y el Crucifijo de los altares. Aquí, ante el recuerdo del Sacrificio del Gólgota, el poeta no halla palabras adecuadas para expresar su dramatismo y sólo nos dice con profundidad emotiva:

*¡Ya mi lengua ha caído al silencio de tu muerte!  
... las estrellas son de sangre,  
porque Tú floreces en el cielo...*

*Ha dormido la luna  
como mortaja en tu memoria...*

Y de nuevo transportado en la simbología de la liturgia, contempla y escucha el prelude del triunfo:

*Hora de azucenas y campana  
en la Misa del Alba.*

Es la alegría de la Pascua, el supremo milagro del Resurrecto que hace cantar los ríos por el valle, "vestidos de azules lejanías".

Entonces el poeta va modulando su salmo ante el invisible Cristo redivivo:

*El gusano de la muerte  
no pudo roer tu carne.  
Sobre la piedra removida, luz hecha espada.  
Eras el peregrino que traspasaba los muros  
y encendía la sombra  
con su divina lámpara.*

.....  
*Y María vió tu rostro renacido  
entre rosas de fuego.  
¡Certeza de resucitar contigo  
más allá de los huesos que a la tierra vuelven!*

Dejaremos aquí el poema, pues en las estancias siguientes considera agradecido la paz dichosa de su familia bajo la sombra de Dios, y termina exprimiendo la filosofía cosechada en los ramajes de la experiencia cotidiana.

Este poema, sin duda, lo más puro y lo más hondo que ha salido de la pluma de Carlos René Correa. Diríamos que es un breve salterio por su entonación mística y su raíz humana, en el que vemos a Jesucristo "bebido en lluvia de plegarias" como dice Gorosito Heredia. Pero en su aspecto formal, se ha contaminado con el prosaísmo, al uso de algunos poetas y poetisas que prefieren escurrirse hacia la fácil prosa para impresionar como "originales y audaces". Lo fácil nunca encierra grandeza ni tampoco se estima. ¿Ha creído Correa ser más sugestivo, estilizar mejor su poesía con esta híbrida mezcla de verso y prosa? No se engañe, pues lejos de elevar el poema a la categoría de canto, lo ha convertido en una modesta salmodia. Tiene más emoción sugestiva una flauta pastoril, que el monótono murmullo de un río.

El poeta ha sido aquí inconsecuente: edita su poema lujosa-

mente, en "cartulina martillada"; en cambio a la poesía de su poema la ha revestido de versos con parches de prosa. Cuidó más del formato que de la forma: la rosa exige un florero de cristal o de fina porcelana; si se le coloca en una botella, queda herido su decoro.

Todo arte tiene sus leyes, y la poesía es la más noble de las artes. Al injertar renglones de prosa entre sus bellos versos, en vez de deleitarnos con esa "audacia original", nos distrae la atención y nos interrumpe el proceso de las ideas. Así, cuando escribe: "Persiste la escarcha del primer abandono de los árboles", nos obliga a descomponer esa proposición en dos versos, de esta manera:

*AÚN persiste la escarcha  
del primer abandono de los árboles*

Y si esta labor mental tiene que repetirse a menudo, se corre el peligro de que el lector se canse y cierre el libro, aunque sea de lujo. Sospechamos, sin embargo, que el poeta en ciertos casos ha creído escribir un renglón en prosa, cuando en realidad nos ha brindado con un verso de muy clásica cepa. Es lo que se nos ocurre al leer su proposición inicial:

*Alzo mi copa en la tarde interior que me habita.*

He ahí un bellissimo verso dactílico que jamás habíamos hallado en los poemarios de Correa: allí la forma armoniza plenamente con la belleza de la idea. ¡Cuánto habría ganado su poema si hubiera seguido revistiéndolo con dáctilos, anfíboras y anapestos combinados con troqueos y yambos de los vates helenos y latinos; aunque hubiera empleado versos blancos!

Bien conoce el poeta a los modernísimos españoles Panero, Rosales y Valverde: ellos no han necesitado acudir a la prosa para expresar su poesía de avanzadas gallardías.—FRANCISCO DONOSO G.